

Juéves 14 de febrero, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO. El Rajah de Baroda. — Los desterrados á Siberia. — D. Pedro el cruel. — El precio de la vida. — El Sacristan. — Ramillete.

EL RAJAH DE BARODA.

Baroda es una vasta y populosa ciudad de las Indias orientales; sus calles son anchas, pero muy sucias, á causa de estar siempre llenas de cerdos que van y vienen en todas direcciones, y no anuncian la riqueza, aunque hay inmensas fortunas entre los comerciantes indijenas y europeos; las casas en general son muy altas, la mayor parte de madera con techos inclinados y tejas. El palacio del Rajah, antiguo edificio del mismo jénero, tiene de elevacion cuatro pisos, y está situado en la plaza principal; hay en el recinto de sus muros algunas Pagodas medianas, pero ningun otro edificio merece la menor atencion. Fuera de la ciudad se halla el canton de las tropas de la compañía de las Indias; es en todo un pueblo ingles como los que se ven á las inmediaciones de Lóndres, con casas de ladrillo y pequeños jardines cerrados por un alto vallado de yerba; la

iglesia cristiana, que está situada en medio, y cuya construccion es gótica y elegante, puede contener de cuatrocientas á quinientas personas.

El Rajah actual de Baroda es un hombre de talento que gobierna él mismo sus estados sin tomar consejo de sus ministros, y lo hace con tanta justicia como vigor. Su único defecto es un amor excesivo al dinero. El territorio que posee es considerable, pero no de un solo dueño; son trozos de provincias extravagantemente mezclados á las posesiones de la Gran Bretaña y de muchos Rajahs independientes; sus rentas que suben á unos veinte millones de francos, superan todas las evaluaciones que se pudieran hacer segun la extension de su territorio, que en la mayor parte es silvestre y estéril, y no puede explicarse mas que por la fertilidad y la poblacion notable de los distritos, que son realmente productivos. Por lo demas el Rajah de Baroda es despues de Bunde-Sing el mas rico y poderoso de los soberanos de la India.

Un ingles, el Obispo de Calcuta Ebert, nos ha dejado algunos pormenores sobre



un viaje que hizo á Baroda, así como su visita al Rajah. He aquí los pasajes mas curiosos de su relacion: «A unas tres leguas de la ciudad encontramos al Residente británico que habia venido á nuestro encuentro; me hizo saber que habia visto al Rajah salir de su palacio, y que le hallaríamos bajo unos árboles fuera de las murallas. Apresuramos el paso para no hacer esperar á su Alteza mucho tiempo, y despues de una marcha de dos horas vimos en efecto una multitud de soldados, casi todos árabes, unos montados en caballos ó en camellos, llevando cada cual un grueso paquete de cahetes; los otros á pié armados de sable y de arcabuces. Las tropas formaban una larga calle, á cuyo extremo percibimos muchos elefantes, uno de ellos equipado con un esplendor extraordinario; era el del Rajah. En suma, por la pompa y la riqueza del espectáculo que se presentó á mi vista, superó en mucho á lo que pensaba, y excitó tanto mas mi curiosidad, cuanto que era todo asiático, sin ninguna de aquellas imitaciones del traje ó del ceremonial de Europa que yo habia visto en las otras Cortes. Allí nos apeamos de los caballos y nos encaminamos á pié entre las dos líneas; llegando en fin donde estaba el Rajah, que es un hombre rechoncho, al parecer de unos treinta años. Cuando se concluyéron los cumplimientos de estilo, su Alteza me preguntó qué dia trataba de ir á visitarlo, y le contesté que dentro de dos dias; entonces volvió á montar en su elefante y tomamos diferentes direcciones al traves de la ciudad.

El dia señalado, el Residente británico y yo fuimos con la comitiva mas pomposa que pudimos reunir, á visitar al Rajah, el cual nos recibió segun las reglas mas rigurosas de la etiqueta oriental, en una larga y estrecha sala, á la que se llegaba por una mala escalera.

Esta sala estaba colgada de telas encarnadas, con cortinas en las ventanas, una multitud de malas estampas inglesas clavadas en las paredes, varias arañas suspendidas del techo, y una fuentecita en medio. En una de las extremidades habia en el suelo muchos almohadones que formaban el trono de su Alteza; y á la izquierda una hilera de sillas, en las cuales tomamos puesto; la noche se pasó en músicas, un baile y la cena; la única cosa algo extraordinaria, fué que el príncipe por su economía ó por política nos concedió una audiencia privada en su propio gabinete, que era una pequeña cámara que contenia diversos objetos de lujo traídos de Europa y dos estampas, la una de Bonaparte, y la otra del Duque de Wellington. La víspera de mi partida, al ponerse el sol, vino el príncipe con la mayor pompa á visitarme y á despedirse de mí. El Rajah habia traído á su hijo, de edad de seis años, á quien se miraba ya como un gran personaje, y con quien se tiene toda la consideración debida al heredero presuntivo. Todos se pusieron entonces á hablar por lo bajo con sus mas inmediatos. El Rajah me dijo que tenía una hija en edad de casarse, que la habia encontrado un excelente partido; pero que no tenía bastante dinero para los gastos necesarios, aunque esperaba que el gobierno ingles se le prestaría á un interes razonable. Durante esta conversacion, la bailarina y los músicos se tomaban las mayores incomodidades para agradar sin que nadie se dignase honrarlos con una mirada ó prestar un momento el oido, excepto yo quizá. La música no carecia de armonía, pero era monótona y lánguida. En cuanto á las bailarinas, eran feas como es comun en aquel país, y empaquetadas en largos vestidos encarnados; su baile, pesado y sin gracia, no tenía nada que pudiese distraer la vista de un europeo.

Añadiremos á estos pormenores algunos rasgos de las costumbres y carácter de los indios de estos países. En los meses de agosto y setiembre, cuando abundan las espigas obrasadas, se entregan á la pereza, al baile y al juego: generalmente se les ve entónces tendidos en el suelo, abandonados á frívolas contemplaciones, jugando á la pelota, ó entretenidos con los dados, por cuyo juego tienen una pasión desenfrenada.

La hospitalidad se ejerce entre ellos de un modo muy notable, ofrecen siempre á un extranjero lo mejor que tienen. Si un guerrero al entrar en una cabaña extranjera no es invitado inmediatamente á comer, se mira como gravemente ofendido aun cuando acabase de hacerlo en su casa.

En estas ocasiones no basta ofrecer el alimento ordinario, como caza ó homany: es una descortesía y una grosería entre ellos no poner delante del huésped sus mas grandes golosinas, azúcar, aceite de oso, miel y ron, cuando lo tienen.

Si, lo que sucede con frecuencia, no hay ninguna especie de alimento, se anuncia inmediatamente; y sobre la marcha es aceptado como una excusa suficiente.

Su facultad de sobrellevar una fatiga continuada es realmente extraordinaria: las mujeres mismas pueden caminar tan de prisa como un caballo, y llevan una increíble cantidad de bagajes sobre la espalda; su disciplina con respecto á los hijos, es en extremo severa.

Azotar es entre ellos una cosa rara, y este castigo es considerado como el mas vergonzoso: las faltas son comunmente reprimidas por una inmersión en agua fria; y como se puede fácilmente presumir, los niños son mucho mas obedientes en invierno que en verano.

Una triste costumbre está todavía en uso entre ellos, esta es el infanticidio; matan principalmente á las hijas, cuyo uso

se debe á la dificultad de contraer alianzas convenientes; la vanidad es la causa principal, pues no tratan de justificarse por medio de la tradicion: entre los Minas existe una ley, sin embargo, que les impone una obligacion, y les da la facultad de desembarazarse de sus hijas, y hacen tambien intervenir al cielo en este bárbaro acto; en ciento cincuenta familias se encuentra solamente treinta solteras al lado de ciento noventa jóvenes. El Rajah de Rondi ha sido inclinado por las representaciones del último agente político Inglés, cerca de su persona, á proscribir el infanticidio en sus estados; y el gobernador general se ha apresurado á escribir á este príncipe para manifestarle toda la satisfacción que le causaban sus esfuerzos.

Los guerreros indios para recorrer una pequeña distancia no van mas lijeros que los europeos, pero son capaces de sostener la fatiga durante un tiempo increíble: pueden correr doce ó catorce horas sin intermisión; y despues de una comida hecha apresuradamente y un descanso muy corto, parecen completamente repuestos y prontos para una nueva carrera.

Sus principios militares son en corto número y sencillos, unos notables por la sagacidad, y singularmente apropiados al carácter de las guerras, en que están generalmente empeñados.

La circunspeccion es quizá, mas que la audacia, el rasgo característico de su sistema; destruir al enemigo con el menor riesgo posible para ellos mismos, es su objeto principal; la sinrazon les ha supuesto á veces privados de disciplina; sus maniobras son poco agraciadas, mas las ejecutan con mucha prontitud é inteligencia: son muy entregados á la supersticion, y profesan una grande veneracion á sus magos; cuya dignidad ejercen los mas viejos y decrepitos.

LOS DESTERRADOS Á SIBERIA.

*Novela en verso y prosa. — Madrid y
Enero de 1839.*

PRIMERA PARTE.

El reflejo de la luna
pardas nubes encapotan :
apénas hasta su luz
para distinguir las sombras,
— Rompe el Vistula los hielos
que le embarazan las olas,
como si ver no quisiera
la ciudad que le corona.
— Muy cerca están, harto cerca,
de los muros de Varsovia,
sedientas siempre de sangre
de los Cosacos las hordas.
— Suena el *alerta* que clama
la centinela en voz bronca;
las armas crujen; y el viento
tiendas y muros azota.
— En blancos copos descende
la nieve helada abundosa :
pero apénas toca el suelo
cuando ya se vuelve roja.
— Arroyos corren de sangre
y no de Polacos sola ;
que venció la muchedumbre,
pero venció á mucha costa.
— Á intervalos el cañon
retumba en voz espantosa,
y el ancho foso recibe
su muralla antigua rota.
— Y acaso bajan con ella
á morar entre las sombras
las esperanzas de un padre,
los amores de una esposa.
— « Si hasta una tumba el destino
« le niega á vuestra memoria,
« mas valen esos escombros
« que los mármoles de Roma ;

— « Porque, tal vez, contemplando
« del obelisco las formas,
« hay quien olvida al que yace
« oprimido por la losa :
— Pero á quien mire esas ruinas
de nuestro siglo deshonra,
leer en ellas le es fuerza
de vuestra hazaña la historia.
— Así un guerrero exclamó
al mirar cual se desploma
de un antiguo torreón
la alta mole ponderosa ;
— Y sofocando un sollozo
que en su garganta se ahoga,
desciende de la muralla
que ya apénas le soporta.
— « Morir, dice, no hay ya medio :
« el cielo nos abandona.
« ¡ Ah ! muera yo peleando ;
« y no entre hierros sin honra. »
— De fuego son sus palabras,
llamas los ojos le brotan :
airado quiere salir
por las puertas de Cracovia.
— Mas, al llegar á la estatua
que eterniza la memoria
del tercero Sijismundo,
una mano se lo estorba.
— Supersticioso temor
sangre y sentidos le embota ;
y en su delirio imagina
que es la efígie quien le nombra.
— La blanca mano que oprime
brazo y pecho cariñosa,
la tierna voz que un « Gustavo »
mas que pronuncia solloza,
— Son para el triste guerrero
del monarca la manopla
y el acento que la ruina
vaticina de Varsovia,
— Ni siente que le acarician,
ni tampoco oye que lloran :
solo atiende á que morir
preferiera á tal congoja.

Gustavo tenía veinte años, era noble, rico y huérfano. Al estallar la revolución fué de los primeros que empuñaron las armas: con ellas en la mano acabamos de verle, próxima ya á su tumba la independencia polaca. — Amaba el guerrero y era amado de Lodoiska, jóven tan noble como él y más hermosa que las ilusiones de la infancia. La vírjen del Vístula vestía ya luto por su padre y sus dos hermanos víctimas del hierro de los Rusos: su amante no se había separado de los muros de la ciudad sitiada en los últimos tres días, ni aun para verla á ella... ¿Habrà quien ignore ya qué brazo detuvo á Gustavo al pié de la estatua de Sijismundo? — Pocos minutos bastaron al mancebo para volver en sí; y brevisimas explicaciones, dadas y recibidas entre sollozos y terneza, le pusieron al cabo de las inquietudes de su amada: pero el alba se acercaba presurosa, sonaban ya los clarines, redoblaban los tambores, oíanse algunos disparos de cañon, y empezaba el alternado fuego de las descubiertas. Era preciso separarse, acaso para siempre... Lodoiska que no concibe la vida sin Gustavo, cuya imájen alienta su existencia, anima sus sueños y encierra para ella el porvenir entero, no quiere consentir en que parta, y asiéndole del brazo exclama:

LODOISKA.

No mi bien, Gustavo mio,
una será nuestra suerte.
Á un tiempo el sepulcro feio
nos abra á entrambos la muerte
si tal quiere el hado impío.

GUSTAVO.

Huye flor bella y lozana,
huye el tremendo huracan;
sino de su furia insana
despojos tristes serán
tu honor y vida mañana.

— ¿Oyes, Lodoiska, el estruendo del cañon y del fusil?

Mientras me estás deteniendo
paso en el campo por vil,
se cae Varsovia muriendo!

LODOISKA.

Corre, pues; corre al combate:
no temas ya que mi amor
detenerte un punto trate.
Conserva puro tu honor,
siquiera el dolor me mate.

GUSTAVO.

De amor, Lodoiska, deliro,
pero es ántes el deber.
Parto al campo... Si allí espiro,
adorándote ha de ser
hasta el último suspiro.

Dijo; y haciendo un esfuerzo sobrehumano se arrancó de aquellos brazos, donde en otros dias esperó ser feliz.—Lodoiska no Horaba: penas tan amargas como la suya no consienten lágrimas. — La separación del alma y del cuerpo debe de ser ménos dolorosa que lo fué la de los dos amantes.

Pocas horas despues Polonia había dejado de existir: sus defensores eran ó cadáveres ó esclavos. Dichosos los primeros.

PARTE SEGUNDA.

Ruedan las nubes opacas
en oscuros torbellinos,
derramando sobre el suelo
helada nieve y granizo.
— Sopla airado el vendabal
con horrísono silbido
al través de yermos campos
que aun el viento quiere huirlos.

Ni de un árbol la ancha copa
presta asilo al peregrino,
ni de pajiza cabaña
puede acogerse al abrigo.

— Hielo eterno, soledad
dió á Siberia el hado impio:
los déspotas la han poblada
de lágrimas y suspiros.

— En el confín del desierto
luce apenas el rojizo
resplandor de escasa llama
destalabrando con sus visos.

— En torno de ella agrupados
se divisan cien cautivos,
ajitando sus cadenas
el temblor de áspero frío.

— Y en pardas pieles envueltos,
medio lobos, medio herizos,
treinta Cosacos del Don
en custodia de los míseros.

— Pálido el rostro los unos,
los otros en sangre tinto;
estos el hierro en las armas,
aquellos solo en los grillos.

— Gozo infernal á los ojos
de los guardas presta brillo;
un dolor desesperado
se los hunde á los vencidos.

— Sombras unos del Erebo
mas parecen que hombres vivos:
los otros mas que soldados
del negro infierno ministros.

— Son los primeros, Polacos
que á sufrir guardó el destino;
los segundos los verdugos
encargados del suplicio.

La fantasía, el metro y aun la pluma
se niegan á describir la barbarie de los
unos y la desdicha de los otros.

Despojó á los Polacos la codicia de sus
vencedores hasta de sus vestidos; la ven-
ganza les suministraba escaso y mal sano
alimento. Así, cada paso de aquella funesta

marcha, costaba la vida á alguno de los
prisioneros.

Acababan de hacer alto para pasar la
noche á la inclemencia, sin mas lecho que
la nieve, mas abrigo que el de la mezqui-
na hoguera, cuya mejor parte ocupaban
los Cosacos. Dos jóvenes Polacos, y el uno
lo era tanto que podia llamarse niño,
ofrecian uno de los horribles espectáculos,
que por frecuentes no llamaban ya la
atencion de guardas ni cautivos.

Yacía el mas jóven tendido en el suelo
y yerto de frío: el otro, arrodillado en la
nieve y sosteniéndole con trémula mano
la cabeza, seguía con agonizante ansiedad el
movimiento tardo de la sangre en aquel
rostro moribundo, que ofrecia la imájen
de un lirio destrozado por el cierzo. Sonaba
en el pecho del niño un quejido ronco:
el mancebo ora contaba los latidos apenas
perceptibles del corazón de su compañero,
ora le estrechaba contra su seno para pres-
tarle un calor que á él mismo le iba fal-
tando. ¡ Lucha horrible cuanto inútil entre
la amistad y la muerte!

Nada empero quedó por hacer.

Despójase el jóven de un gaban que era
su único abrigo; y cubre con él á su des-
fallecido compañero. Un grito de horror se
oyó entre los presos: una carcajada infernal
acojó la jenerosa accion entre los Co-
sacos.

Pocos minutos despues la vida y los su-
frimientos del niño habfan terminado.
El jóven lanza un profundo jemido, abra-
za estrechamente el cadáver, y prorum-
pe con sentida y moribunda voz, de esta
manera:

Yo he visto hundirse al polvo
el águila altanera:
mi sangre la primera
corrió por mi nacion:
Vencido fui, y cautivo:
mas para tí vivía;

has muerto, amada mía,
fallece el corazón.

— Si allá en el alto cielo
mi voz oyes, hermosa,
alcánzame piadosa
la dicha de morir.

Porque existir ni un hora
mi dulce bien sin verte,
es jénero de muerte
que yo no sé sufrir.

— ¡Oh! rómpanse los lazos
que me atan á la tierra;
la nieve que te encierra
mi tumba habrá de ser.
Sin tí, mi dulce hechizo,
morir tan solo anhelo,
recaba, sí, del cielo
me abrevie el padecer.

Cesó la voz; arrojóse á tierra el mancebo siempre abrazado con el cadáver; y cada uno de los demas cautivos volvió á ocuparse en sus propias penas. Al despuntar del perezoso y oscuro día eran dos los cadáveres: los Cosacos ántes de ponerse en marcha fueron á despojarlos; el que creyeron niño era una mujer... Lodoiska que no quiso abandonar á su Gustavo.

Una lágrima á la desdicha de dos amantes, ya que no nos sea dado vengar á un pueblo entero.

PATRIBIO DE LA ESCOSURA.

D. PEDRO

EL CRUEL.

El Rey Alfonso undécimo, llamado el *vengador* y también el *justiciero*, murió de enfermedad contagiosa en medio de sus glorias militares, en el asedio de Gibraltar, á 26 de marzo de 1350, á los 38 años de su edad, dejando muchos hijos. En

su esposa D.^a Maria de Portugal tuvo á D. Fernando y D. Pedro. En su querida D.^a Leonor de Guzman había tenido á D. Enrique, D. Fadrique, D. Fernando, D. Tello y otros. D. Fernando, el legítimo, había muerto: D. Pedro fué el que subió al trono. El ejército de su padre le aclamó inmediatamente en los reales. Tenía entónces el nuevo rey quince años y siete meses, y estaba á la sazón en Sevilla con la Reina madre.

Escriben los historiadores que era Don Pedro un hombre de talle gentil, majestuosamente apuesto, de agraciado semblante, de tez blanca y cabello rubio, de animoso espíritu, y de grande vigor: que gustaba mucho del ejercicio de la caza, que tenía mucha firmeza de carácter, y laudable severidad en los principios de justicia. El vulgo le dió renombre de *cruel*, y la buena crítica le ha vengado casi de esta odiosa calificación en nuestros tiempos, bien que no sea de hoy la duda acerca de merecer ó no aquel feo dictado. Mariana, que por lo respectivo al rey D. Pedro no puede ser sospechoso, dice que una gran parte de los desórdenes de la época á que nos referimos se atribuye por buenos autores á *la destemplanza de los Grandes, que en todas las cosas buenas ó malas, sin respeto de lo justo, seguian su apetito, codicia, y ambicion, tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dejar sus excesos sin castigo.* Y añade, autorizando la ajena opinion, que la piedad y mansedumbre de los principes no solamente depende de su condicion y costumbres, sino tambien de las de sus súbditos.

En la mayor parte de las Crónicas se pinta á D. Pedro como un monstruo venido al mundo con la maldicion del Cielo, para oprobio y castigo de España; y sin disimularle ninguno de sus defectos, se procura, en jeneral, obscurecer todas sus buenas calidades; de suerte que adquiera todo

el relieve posible lo malo, y marcando de un modo indeleble el odio parcial, el rencor profundo, determinados acaso por intereses particulares. Y no solo pudieron pugar estos, y en efecto pugaron contra la memoria del rey D. Pedro por el menoscabo que su entereza y, si se quiere, su violencia les habian causado mientras ocupó el trono; sino que fué preciso llevar en todos sentidos la persecucion al último término imaginable, para que el usurpador D. Enrique y sus partidarios quedasen justifica-

dos á los ojos del mundo, que acababa de ser testigo del inaudito escándalo, del crimen atroz por cuyo medio se ciñó la corona el verdaderamente cruel y detestable fratricida.

Et voilà maintenant comme on écrit l'histoire.

Ni dejaría de contribuir, en parte, al arraigo de odios recíprocos y encarnizados la ocurrencia de una enfermedad peligrosa que padeció D. Pedro, poco despues de



haber sido saludado rey. Los Ricos-hombres mas influyentes se apresuraron á nombrarle sucesor; y aunque no se asegura que conviniesen respecto de la persona que debía sucederle, ántes bien parece que se disputaban varios el cetro, no se extrañará que la grandeza de alma del Rey, inesperadamente restablecido, no alcanzase á hacerle olvidar las interesadas y prematuras gestiones de la Grandeza, que debió de mirar en adelante á D. Pedro como un hombre cuya suspicacia estaría continuamente alerta sobre sus presuntos sucesores.

D.^a Leonor de Guzman, que se hallaba al lado del rey Alfonso cuando falleció, fué á Sevilla, confiando mas de lo que la prudencia aconsejaba en la consideracion que podria inspirar al hijo de su amante, y sin reflexionar que la reina D.^a María ofendida tan escandalosamente con la publicidad de los amores de su esposo, pudiera tomar ahora cumplida venganza, aprovechando su predominio en el ánimo del Rey. Los hijos de D.^a Leonor, con muchos personajes de su partido, se habian encerrado en varios lugares fuertes, y por el pronto solo quedó indefensa la madre, que fué trasladada de Sevilla á Talavera, donde perdió la vida por sentencia de D. Pedro.

Este hecho se califica por muchos como atroz presajio de las horrosas crueldades del monarca de Castilla; pero no han reflexionado bastante los historiadores acerca del envenenado aborrecimiento que la reina profesaba á D.^a Leonor, cuya numerosa posteridad hacia eterno el insulto de Alfonso undécimo: no han apreciado este insulto en todo su valor, recordando que para disculpar los solemnes extravios del Rey difunto se tachó un tiempo á su esposa de estéril. Habiendo de por medio una mujer de carácter altanero y vengativo como D.^a María de Portugal y tan gravemente ofendida, la buena critica no repugna atri-

buirle la mayor parte en el suceso á que nos referimos.

(Se concluirá en el número próximo.)

EL PRECIO DE LA VIDA.

Historieta extractada de las Memorias de un caballero de Bretaña.

....Y abriendo José la puerta de la sala, avisó que la silla de posta estaba aguardando. Mi madre y mi hermana se arrojaron en mis brazos, diciéndome: "Aun es tiempo, no emprendas este viaje, quédate con nosotras. — Madre, soy noble, tengo veinte años, es preciso que hablen de mí en mi tierra! es indispensable que yo haga carrera ó en el ejército ó en la corte. — Y mientras estás ausente, mi querido Bernard, qué será de mí? — Seréis feliz, madre mia, y vuestro corazon latirá de placer cuando os cuenten los triunfos de un hijo-querido. — Y si mueres en alguna batalla? — Qué importa? Nada vale la vida; y un noble de veinte años no piensa mas que en la gloria. Y pasado algun tiempo me vereis volver á vuestro lado con el uniforme de coronel ó con un buen destino en Versailles.

— Y qué tendremos con eso? — Tendremos que todos me respetarán. — Y despues? — Que me saludarán con el sombrero en la mano. — Y luego? — Que me casaré con mi prima Borriqueta, que buscaré novios á mis hermanitas, y que todos viviremos á vuestro lado tranquilos y felices en mis posesiones de Bretaña. — Y por qué no empiezas desde hoy á seguir ese plan? No nos has dejado tu padre el mas pingüe capital de esta comarca? Hay en diez leguas á la re-

donda una quinta mas hermosa que la de la Roche-Bernard? No te acatan todos tus vasallos? Ah! hijo mío, no nos abandones; quédate con tus amigos, con tus hermanas, con tu anciana madre, á quien no hallarás tal vez cuando vuelvas! la vida vale mucho, no vayas á gastarla en glorias vanas: no vayas á consumir tus hermosos dias entre cuidados y tormentos sin número: la vida es cosa muy dulce, hijo mío, bajo un cielo tan puro como el de Bretaña! — Y, así diciendo, señalaba desde la ventana las frondosas calles de árboles de nuestro jardín y las variadas flores cuyo perfume embalsamaba los aires, cuyos matices resplandecian á los rayos del sol.

— He cumplido veinte años, repetí yo, y soy noble, y tengo ambicion de gloria... dejadme marchar."

Y, desprendiéndome de sus brazos, bajé al zaguán. Iba ya á entrar en la silla de posta, cuando apareció en la escalera una mujer. Era Enriqueta... no lloraba, no pronunciaba una palabra... pero trémula, sin color, apenas podia tenerse en pié. Hízome con su pañuelo blanco la última señal de adiós y cayó sin sentido. Corrí á ella, la levanté, la estreché contra mi pecho, jurándole amor eterno; y en el momento en que se recobraba, la abandoné en los brazos de mi madre y de mis hermanas, y sin volver la cabeza, sin detenerme un punto entré en el carruaje. Si hubiese mirado á Enriqueta, no hubiera partido. — Pocos minutos despues, rodaba la silla de posta por la carretera.

Estuve mucho rato pensando en mis hermanas, en mi Enriqueta, en mi madre, en la felicidad de que huía; pero estas ideas se iban desvaneciendo á medida que se ocultaban á mi vista las torrecillas de la Roche-Bernard y volaban los sueños de ambicion y los castillos en el aire. Qué de fantasmas creaba yo dentro de mi silla de posta! Riquezas, honores, dignidades, triun-

fos de varios jéneros: á todo me consideraba acreedor: en fin, elevándome á medida que iba adelantando en mi viaje, era duque y par, gobernador de una provincia y mariscal de Francia, en el momento de llegar á la posada.

La voz de mi criado que me llamaba modestamente *señor caballero* me obligó á volver en mí y á abdicar mis dignidades. Pero, á la mañana siguiente y en los dias sucesivos, vuelta á soñar, porque el viaje era algo largo. Iba á Sedan, á ver al duque de C^o, antiguo amigo de mi padre y protector de mi familia. Este personaje debía llevarme consigo á París, presentarme en Versalles y lograr para mí una compañía de dragones, á favor del extraordinario influjo que gozaba en la Corte. Llegué de noche á Sedan, y no siendo ya hora de ir á la quinta de mi protector, fui á alojarme en la posada de las Armas-de-Francia, punto en que se reunen todos los oficiales de la guarnicion.

Cené en la mesa redonda y pedí señas del camino que debía tomar para ir á la quinta del duque de C^o, situada á tres leguas de la ciudad. «Cualquiera es informado», me respondieron; es celebre en la comarca por haber muerto en ella un gran guerrero, un hombre famoso, el «mariscal Fabert.»—Y recayó la conversacion sobre el mariscal Fabert. Se habló de sus victorias, de sus hazañas, de su modestia, de la inconcebible fortuna que desde soldado raso, hijo de un impresor, le habia elevado á la categoría de mariscal de Francia. Era este el único ejemplo que entonces pudiera citarse de tan brillante carrera, la cual aun en vida del héroe habia parecido tan extraordinaria, que el vulgo se complació en atribuir esta elevacion á causas sobrenaturales. Decian que desde su infancia estaba metido en magias y sortilejos y aun que tenia hecho pacto con el demonio. Y nuestro posadero, bam-

bre cándido y crédulo, si los hay, nos aseguró que al morir Fabert en la quinta del duque de C^o, se había aparecido un hombre negro que entró en la alcoba del difunto y se llevó su alma, cuyo dueño era por haberla comprado de antemano; y que aun en el día, al llegar el mes de mayo, época de la muerte de Fabert, se veía por la noche una lucecita que un negro traía en la mano. Esta relación nos puso de mejor humor y nos bebimos una botella de Champagne en honor del demonio familiar del mariscal, pidiéndole nos tomase también bajo su protección y nos hiciese ganar algunas batallas como las de Collioure y La Marfée.

Levantéme muy temprano á la mañana siguiente y fui á la quinta del duque de C^o, inmenso y gótico edificio, que no pude ménos de contemplar con cierta curiosidad mezclada de interes, recordando la relación del posadero de las Armas-de-Francia.

El criado, á quien pregunté por el duque, me respondió que ignoraba si su amo estaría visible y si podría recibirme. Dile mi nombre y salió dejándome solo en una especie de sala de armas, llena de atributos venatorios y de retratos de familia.

Espéré algun tiempo y nadie parecia. Con que la brillante carrera de gloria y honor en que tanto he soñada empieza por una antesala! me dije á mi mismo; y á fuer de pretendiente descontentadizo, me iba impacientando por grados. Ya había contado dos ó tres veces todos los retratos y todas las vigas del techo, cuando oí un ligero rumor que salía de la pared. Causábase una puerta mal cerrada, que el viento acababa de abrir. Miré por ella y ví un hermoso gabinete terminado por una puerta vidriera y dos grandes verjas que daban á un magnífico jardín. Entré silenciosamente en aquel aposento y me detuve á la vista de un espectáculo en que hasta entonces no

había reparado. Había un hombre vuelto de espaldas á la puerta de entrada, y reclinado en un canapé. Levantóse sin verme y corrió desalentado hacia una de las verjas, llorando á lágrima viva y en ademán de la mas profunda desesperacion. Permaneció inmóvil por algunos instantes, ocultando la cara entre sus manos; y luego empezó á pasearse por la habitación con desahogado paso. Llegó á mi lado: reparó en mí y se estremeció. avergonzadó yo, aturdido de mi indiscrecion, quise retirarme pronunciando entre dientes algunas palabras con que disculpar mi atrevimiento. — Quién sois? qué queréis? me dijo con voz fuerte y sujetándome por un brazo. — Soy el caballero Bernard de la Roche-Bernard y acaba de llegar de Bretaña... — Ya sé, ya sé, me replicó; y, arrojándose en mis brazos, me hizo sentar á su lado, hablándome en seguida con vivo interes de mi padre y de toda mi familia, á la cual conocía tan perfectamente, que no dudé fuese el amo de la casa. — Vos sois el señor C^o? le dije. — Á esta pregunta se levantó, y mirándome con la mayor exaltacion, repuso: — Lo era, ya nó lo soy, ya no soy nada. Y viendo mi asombro exclamó: — No quiero oír una palabra mas: oh jóven, nada me preguntéis. — Ah señor! he sido testigo involuntario de vuestras lágrimas, de vuestro dolor, y si mi afecto y mi verdadera amistad pueden hacer algo para dulcificar... — Sí, sí: tenéis razon: por desgracia en nada podreis atenuar mis pesadumbres: pero al ménos seréis depositario de mi última voluntad: este es el único favor que os pido.

(Se concluid.)

TIPOS ORJINALES DE MADRID.

EL SACRISTAN.

Asunto es este que así pudiera tratarse principiando por un *De profundis*, como por un *Te Deum*. Y vive Cristo, que he de principiar en festivo tono; pues aunque ya cascado un tanto cuanto por la injuria del tiempo, y otro poco por las travesurillas de algunos de mis contemporáneos, soy tentado de la risa mas que de la gana de llorar; y, si bien de jesto avinagrado, retozon y hromista de botones adentro, que no hay mas que pedir.

Y saben ustedes, amadas Lectoras (por hoy nada quiero con los que se afeitan); saben ustedes, y van dos, amadas Lectoras, por qué, en el fuero interno, tengo yo una irresistible propension al *gaudeamus*, siendo tan adusto mi palmito? No lo saben? Pues voy á decirselo en confianza. Pasó ya de cuarenta, y he vivido treinta rabiando. Los músculos de mi semblante se han contraido tanto y con tanta frecuencia, que habiendo sido á los diez como un San Juanito de barro de los que venden por junio en Santa-Cruz, heme convertido en un Heródes de los que allí mismo se expenden para los nacimientos por Noche-buena. Y ya que no fuese fácil tornar en mi pristina, agradable catadura, he dicho para mi chaleco: vaya por otra parte la procesion. Nada tiene que ver esto con los Sacristanes; pero no importa. El hombre es naturalmente imitador, y yo no me considero excepcion de la regla. Conúeo muchos que tienen fama de saber donde les aprieta el zapato, y con todo eso charlan dos horas fuera de la cuestion que se proponen tratar. Basta de indirectas, y vamos á ocuparnos de los Sacristanes mientras llega el momento de que se ocupen ellos de nosotros. (Famoso endecasílabo!)

Qué es un *Sacristan*?—Personaje indefinible: mezcla de sagrado y profano: composicion en prosa y verso: anuncio de alegría, y precursor de pesadumbres: representante del clasicismo y del romanticismo: propagador de las luces, y partidario de las tinieblas: sublime y vulgar: halagüeño y repugnante; y, si quieren ustedes una antitesis que valga por todas, blanco y negro.

El *Sacristan*, profanamente considerado, es un hombre vestido de negro, con chaqueta; una especie de cuervo, con traza de menestral. En sus bolsillos se encuentran siempre trebejos del oficio. Un apagador, un librito de cerilla, y tal cual residuo de rubia candelá, son para los aprovechamientos del vestuario del *Sacristan* lo que las medidas para los del sastre, la rosca para los del alguacil, el batidor para los del peluquero, el cerote para los del oficial de obra prima.

El *Sacristan* tiene todas las edades, de la de veinte y cinco en adelante, y no ménos, porque el ejercicio de sus contradictorias funciones necesita cierto aplomo y formalidad. Regañon, y mal contenido por lo jeneral, se parece algo á los maestros de escuela: ya se ve, unos y otros tienen que lidiar con muchachos.

Al ser de dia abandona el *Sacristan* su mullido lecho, tosiendo y refunfunando; máxime si la noche ha sido en parte tolerada, como frecuentemente sucede. Encábase en dos minutos la sotana: cualquiera lo creyera entonces un estudiante *de estilo antiguo*, que se prepara á repasar la conferencia. De allí á otros dos minutos ya tiene encima la sobrepelliz y el gorro, á cuyo abrigo encubre la parte mas lega de su respetable exterioridad: y poco despues, invadiendo las inmediaciones del Sancta Sanctorum, dispone lo necesario al servicio del dia. Ya con el plumero en la mano repasa de alto á bajo las imágenes de fácil acceso, y los diferentes utensilios del culto:

ya enristrando la larga caña, difunde la luz en el ámbito del templo: ya con próspera mano colma las vinajeras, y recorta y distribuye las hostias: ya prepara y carga la naveta que ha de suministrar consumo al incensario, jaquecas á algunas damas melindrosas, y vértigos á mas de una matrona en cinta.

Se ofrece un bautizo? En dos credos está todo á punto, desde el ritual hasta la chanzoneta para la madrina, y el cumplido de costumbre para el padrino. Ocurre un viático? En el momento se dan las campanadas de costumbre, se enciende el farol, y calado hasta las orejas el gorro se repasa el Miserere. Se presenta una boda? Qué agilidad! Qué diligencia! Qué officiosos cumplimientos! Qué diplomacia! Y si al final de la ceremonia de nupcias se presenta algun feligre, en solicitud de la uncion y de un toque de agonia, con qué desembarazo, con qué talento se ejecuta la dificil, la espinosa y aterradorca transicion! Talma y Maiquez en el teatro: Melendez Valdés y Montesquieu en el foro: Vales Aseño y Masillon en el púlpito, no pasaron jamas con tanta rapidez, con un tino tan majistral, de lo familiar á lo patético, del estupro al robo en des poblada con muerte violenta, de los pecados capitales á las bienaventuranzas! Si tal vez se nota, muy por encima, la posicion critica en que acaba de colocar al Sacristan la torpeza de un médico, el cambio de receta en la oficina del boticario, ó acaso el esmero cuidadoso de alguna fiel consorte que ha propinado al enfermo un bollo detras de un vomitivo, apenas puede formarse idea sino por alguna frase lacónica, dirigida al mas inmediato monacillo. "Chico, echa una mano al velo de esta señora que se lleva el demonio al vecino de enfrente: muchacho, enciende aquella lámpara, que se corre el cirio pascal: Peñico, toma esta campanilla y to-

ca á Sanctus, que se me enfría el almuerzo." Estas y otras concisas razones, proferidas á media voz y con volubilidad de lengua, ocultan al hombre donde no debe de verse mas que el *Sacristan*, y casi no llegan á revelar la existencia de un cuerpo en el lugar en que todo está consagrado á las almas.

El *Sacristan* es, en la casi totalidad, músico de oreja; y aunque pasa los dos tercios de su vida cantando, asi comprende el los arcanos del Aretino como el idioma de Horacio con que le familiariza su eterna é ininteligible Salmodia. En las misas de Requiem y en los entierros es la voz del *Sacristan* seguro indicio de la calidad financiera del difunto, ó de la largueza, la vanidad y el rumbo de sus herederos. Tiene Responsos y Parece mihi de todos precios. Ora se saborea con acento almejado y vibrante, y lijeramente temeroso, en el sostenimiento prolongado del *crescendo* y en la gradual y á veces sincopada disminucion del *smorzando*: ora con bronca y atronadora vocalizacion arroja al auditorio en cien sílabas monótonas cien sensaciones en guisa de otras tantas pedradas que taladrando el tímpano aturden y estremecen: ora precipitando entre dientes las palabras, y engullendo de cada traganton media versículo, reduce á la expresion mas pequeña el tiempo invertible en el rito sagrado: ora fuertemente agarrado á la media maroma que comunica con la torre, y dejando caer á intervalos iguales el peso de su cuerpo, hace que el resonante cimbalo conmueva las altas rejiones del viento con acompasados golpes; ora los confunde tan torpe y desigualmente que parecen fueg@ graneado de una guerrilla.

El *Sacristan* canta y toca por todo y para todos. Lo mismo envió al Todo-poderoso un *Te Deum*, y dobló y repicó por las victorias del uerto de Luis xiv que

por las del Archiduque de Austria, por las de Soult, que por las de Castaños. En fin, el *Sacristan* es nuestra sombra en este valle de lágrimas. Ahrrimos los ojos á la luz, y nos echa la zarpa, y nos lleva á la pila, y nos proporciona tal vez un pasmo y la muerte con el destempe de las aguas lustrales: si sobrevivimos á este primer percance, vuelve á ocuparse de nosotros para la confirmación, sintiendo no poder ser él mismo quien nos administre en la mejilla el recuerdo, que en tal caso apretaría sobre muchas su impía mano: nos obsequia en la infancia dándonos vela para la procesion; concediéndonos por oposicion, á veces reñida, la borla del estandarte; favoreciéndonos con la alborotadora campanilla; regalándonos con las recortadoras de las hostias y con el residuo de las vinajeras: nos casa, y nos vuelve á casar, si tenemos fortuna en la primera partida del juego y somos bastante tontos para jugar la segunda: nos pone el visto bueno en el pasaporte para el otro mundo; nos entierra y nos canta; y no nos resucita porque, ademas de ser un poco difícil, está averiguado que nadie querría levantarse de la tumba despues de haber sido cantado por un *Sacristan*, aunque no fuese mas que por no verse en la durísima precision de tener que sufrir que le cantase otra vez.

El *Sacristan* es conocido por varios nombres correspondientes al lenguaje figurado. *Chupa-cirios* le llaman unos; el señor *Gori-Gori* le apellidan otros; entre ellos todos los apasionados á la música italiana. En nuestro antiguo teatro figuraba mucho y con grande diversion de la concurrencia. Era el *Sacristan* en la escena española un tipo orijinal de que sacaron partido los autores de sainetes, entremeses y tonadillas. Él, un jaque, un payo de muy subida barbaridad, un gallego y una insaja; tal fué por espacio de luengos años

la *quina* favorita de nuestros *tertulianos* y *mosqueteros*.

Ahora bien: yo no puedo consentir que este artículo pase á manos de mi cajista sin un poquito de peroracion; y ya que he dicho al principiario que por hoy nada querría con la mitad fea del jénero humano, dirijirme debo á la mitad bella. Oh! Quién pudiera desde este desvan tener á la vista la alegre y bulliciosa falanje de mis amadas lectoras! Y teniéndola, quien fuera bastante diestro para sacar de entre ellas, por el olorcillo de la cera, las *Sacristanas*! Por fuerza debe de haber algunas; y en este caso á ellas muy en particular consagraría yo las matizadas flores de una seductora elocuencia! Si, que tambien he sido seductor, y no he renunciado á las malas mañas que adquirí cuando estudiaba retórica. Á las *Sacristanas*, pues, les diría yo: vosotras sois las mas felices en el pueblo femenino: vosotras, relacionadas con los que tratan las cosas divinas tan familiar, tan íntimamente, teneis mucho adelantado para con Dios si llevais las cosas del mundo con paciencia. Vosotras podeis comprar con una caricia tal vez insignificante un floreo mas para la cavatina que inaugurará vuestros funerales: vosotras tendreis el consuelo, al morir, de ser cuidadas hasta dentro de la sepultura por vuestros maridos; y estos, fastidiados de cantar toda su vida para los extraños, disfrutarán acaso de la satisfaccion inefable de cantar, á gusto siquiera una vez, en los enterreros de sus mujeres!

AYCORA.

RAMILLETE.

Gatti, que á un jenio tan colosal como el de Hipócrates unia casi toda la incredulidad de Montaigne, sólo reconocia dos especies de

enfermedades: las que matan y las de que se cura.

BAILE. Es tan antiguo que su origen se pierde, fijándolo conjeturalmente la crítica en la inclinación que ha tenido siempre el hombre á dar á su exterior ciertas formas análogas á sus afectos y sentimientos. El *Baile* se dedicó en los primeros tiempos al culto religioso, mirándolo como efecto de aquel santo entusiasmo que se apoderaba de los hombres al contemplar las maravillosas obras de la creación, y al tributar el homenaje de su gratitud al Hacedor Supremo. Tal fué la *Danza de David* ante el Arca Santa. Danza grave, majestuosa y modesta, la cual dejó en breve hasta convertirse en diversión profana y peligrosa. Los Griegos tenían mucha afición al *Baile*, en que procuraban sobresalir á porfía; pero lo vicieron con un refinamiento de impudica molición, de suerte que no fué después sino la escuela del vicio y el arte de corromper las costumbres. Los Romanos hicieron muy diferente uso del *Baile* conservándolo por mucho tiempo consagrado al rito. Fuera de esta aplicación profesaban tan marcado desprecio por la Danza, que Cicéron escribió lo siguiente: *el que baila está ebrio, y ha perdido la razón.* Esta afección se moderó mas tarde; pero aunque la nobleza romana hiciese aprender el *Baile* á los jóvenes, las jentes de juicio y de gravedad no daban tal ejercicio.

TEATROS. Acaba de publicarse en esta Corte un pequeño tratado con el siguiente título: *Noticias sobre el Arte de la Declamación, que pueden ser de una grande utilidad á los Alumnos del Real Conservatorio.* Su autor es nuestro amigo D. Carlos Latorre, primer actor de los Teatros principales, y maestro primero de Declamación en el indicado Real Establecimiento; artista hábil, de grande y merecida reputación, al cual se deben muchas y muy perfectas creaciones escénicas en estos últimos tiempos.

La lectura de este folleto, digno de la firma que lleva, podrá en efecto ser útilísima no solamente á los que se dedican al difícil arte en que el autor ha sobresalido tanto, sino tambien á todos aquellos que por su profesion tienen necesidad de hablar algunas veces en público, siendo á su locucion formas análogas á

ciertos sentimientos del corazon humano, á revisiéndola de la energía y comunicándole la fuerza que tienen su origen en la recta razon y en las convicciones.

El Señor Latorre ha hecho, pues, un servicio á su pais publicando esta Sinopsis elemental del arte que con tanta gloria profesa. En ella se encuentran reunidos los mas filosóficos preceptos, y nos parece imposible que adoptándolos dejen de hacerse progresos rápidos en el estudio. Sentimos no hacer un análisis de tan recomendable trabajo; pero debemos renunciar á este propósito, en obsequio de la obra que merece ser íntegramente conocida, y que por su concision esencial excluye hasta cierto punto el análisis.

«A los grandes actores y maestros que me han suministrado las ideas que quedan estampadas (dice el Señor Latorre) soy deudor de algunos aplausos, tal vez merecidos; confieso que las mas imperfectas son sin dificultad las que á mi me han ocurrido. Pero si merecen una indulgente acogida, y mis ocupaciones me lo permiten, yo prometo consagrar todos los ratos de ocio á la explotación de la rica mina de reflexiones que Lelain, Mlle. Clairon, Talma y otros han dejado para gloria y acierto de los jóvenes que se dedican á la difícil y penosa carrera del Teatro.»

Es de desear que las laudables intenciones del Señor Latorre puedan llevarse á cabo. El Arte y la Literatura dramática que tanto han adelantado en nuestro siglo ganarán mucho en el cumplimiento de esta promesa, y el autor tendrá entonces la gloria de regularizar completamente la educacion artistica de los que aspiran á ceñirse los laureles que ha sabido conquistar su digno maestro. (9)

—Tenemos entendido que se está disponiendo en el teatro del Príncipe para beneficio del primer actor D. Carlos Latorre, la tragedia de Casimiro Delavigne titulada *el Porri.* La fama europea de esta magnífica concepcion poética, su aparato oriental y el buen desempeño que nos promete la pericia de los actores, presagian al autor de la *Escuela de los viejos* un laurel en la escena española.

(9) Véndese este opusculo en la librería de Escamilla, calle de Carretas, á cuatro rs. vn.

Editor responsable — A. GUERRERO.